



BOABDIL.

(La corona es de oro, con pedrería de rubí y esmeraldas; la marlota, la mitad es de color carmesí, y la otra mitad verde con adornos dorados. El fondo es oscuro con pintas de oro.)

## RETRATO DE BOABDIL.

(1483.)

## ADVERTENCIA.

Boabdil, último rey moro de Granada, habiendo en la batalla de Lucena caído en poder de D. Diego de Córdoba, conde de Cabra (21 de abril de 1485), estuvo algún tiempo prisionero en su castillo de Baena.

Durante el cautiverio fué retratado, y de esta pintura habla (aunque cien años después) con extraordinario elogio D. Francisco Fernández de Córdoba, abad de Rute, autor de la *Didascalia múltiplea*, en su *Historia de la descendencia y familia de la casa de Córdoba*.

El autor del cuento que insertamos posee tan peregrino retrato, monumento preciosísimo de nuestras glorias y de nuestras artes en el siglo XV. El le ha inspirado la ficción que encierra el presente rasgo, imitación del lenguaje popular de aquellas calendas, y donde no se rechazan la historia, la tradición y la novela.

Verlas tan hermanadas hizo decir á uno de nuestros mas grandes literatos: «¡Lástima que tambien no sea verdad este papel, teniendo todas las vislumbres de antiguo!»

La tabla, de diez y siete pulgadas de alto por doce y tres líneas de ancho, presenta la singularidad de no haberse pintado inmediatamente sobre ella, sino sobre un pergamino que le está fuertemente asido. Este recibió una preparacion de yeso, y exceptuando el sitio que habian de ocupar el rostro y cabellera, fué toda la estension del cuadro dorada y bruñida antes que el pincel fijase los colores, y el punzon labrase la corona, las ropas y la cadena.

Por la pintura se ve que era moreno el rostro de Boabdil, verdes los ojos, el mirar dulce y melancólico, sonrosados suavemente los labios, castaños y finos sobremanera el cabello y la barba.

Esmeraldas y rubies engarzan la corona, que asienta sobre un bonetillo de tisú verde. La jaqueta, mitad es de un color mitad de otro: verde, recamada de lises de oro; carmesí, recamada de rosas del propio metal; tiene tomado el escote con un vivo de terciopelo, y por el lado derecho bajan botones de azabache. Déjase ver la camisa, bordada y pempuntada de encarnado.

La cadena es de bronce. El fondo del cuadro muy oscuro, tachonado de oro.

De Boabdil no se conocia verdadero retrato ninguno, sabiéndose por el testimonio del abad de Rute su existencia. En el *Genezarife* de Granada existe un lienzo, obra de mediado el siglo XVII, conocido por retrato del *Rey Chico*. Es equivocacion notoria: tuvo el pintor cuidado de advertir en una larga inscripcion el nombre del personaje; quiso representar á *Aben Hut*, descendiente de los antiguos reyes de Zaragoza.

¶ **Papel**

intitulada

## Flor de Amores,

en el qual, con muy pulido é apacible estilo, se cuentan verdaderas historias, é se notan muy provechosos advertimientos. Compuesto por el honrado caballero Pero Fernandez, é enderezado á la muy noble señora doña Elvira de Velasco.

¶ **E** pues me ordenades, discreta señora, que os fable de amores, fablaros vos quiero de Baudilin el rey postrero de Granada, é de toda la gente mora de Andalucía, de cuyos sospiros non se dolieron las paredes deita cuadra de que facedes vuestro aposentamiento, é cuya semblança falleredes al respaldo dese saneto rostro que á vuestra madre donó Doña Francisca ántes que profesasse.

¶ E digo vos que quando el conde D. Diego de Córdoba, señor de Cabra é Baena, prendió en batalla junto al arroyo de Martin-Gonzalez

18 DE ABRIL DE 1832.



médica ración; y salpimentándola como Dios nos dé á entender en nuestra cocina. Intentaremos servirle calentita al respetable público que tiene la bondad de honrarnos con su confianza.—y pare V. de contar.

Quede pues sentado que la materia es vasta, inmensa, infinita; que sobre ella se ha dicho mucho y se ha disputado grandemente, y que á pesar de los adagios vulgares, todavía dará mucho que decir, muchísimo y recio que disputar; que hay gusto bueno, gustos naturales, heróicos, sublimes y adorables; mal gusto, y gustos ridículos, necios y extravagantes; gustos que reclaman admiración y respeto; gustos que requieren estudio; gustos que piden imitación; gustos, en fin, que merecen palos.—De estos últimos, amados oyentes, tomamos argumento para diríjlos hoy nuestra palabra fraternal.

Nadie de vosotros negará el libre albedrío, por ejemplo, á mi vecino D. Pánfilo, que disponiendo de una buena renta y salud cumplida, de un humor alegre y una cierta eódia (la más incierta de las edades, según el poeta inglés), prodiga sus riquezas en espléndidos festines, en magníficas césaras á que convida todo el mobiliario manducante y saltarín de nuestros salones aristocráticos, sin duda por la satisfacción que debe causarle el ver citada su casa en las gacetas de los periódicos ó en los *Souvenirs* de las coquetas; pues este gusto que proporciona á sus amigos y aficionados, además de los goces consiguientes al disfrute de las fiestas del amable Anfitrión, el placer infalible de comentar su vanidad, mojarse de su petulancia y ridicularizar su magnificencia, si van VV. ó á sus herederos, á sus acreedores y á sus vecinos, es una usurpación que comete contra sus esperanzas y derechos, una perturbación de su reposo, y atentado contra su tranquilidad. Según los primeros, el gusto de nuestro D. Pánfilo es acreedor á encomios, flores y gacetas; según los últimos merece palos; y como yo soy de los comprendidos en esta categoría, no hay que preguntarme á cual de los parés me inclino.

A la señora Doña Borasca Ventosa y Panza-al-trote, viuda de no sé qué título amortizado, la da por el contrario el gusto y la mueve en otro sentido la inclinación.—No recibe en su casa, pero recibe y admite los quassajos que la hacen en las agenas; no es caritativa en el sentido directo de la palabra, ni se desprende de una parte de sus bienes en beneficio ajeno; pero es filantrópica á la moda: dirige juntas y comisiones de barrio; inventa rifas caseras, y espande voluntariamente por fuerza sus billetes y acciones entre todos sus amigos y allegados; no cohesa las funciones religiosas, las comidas de los pobres, ni la cura de los enfermos; pero pide á la puerta de la iglesia, y cobra, en pro de aquellos objetos sagrados, el portazgo de todo prójimo que pasa sus umbrales; no dispensa favores ni protecciona propis á ningún necesitado; pero recomienda á todo el mundo por medio de cartas á sus conocidos, y á los más remotos conocidos de sus amigos; asiste á las audiencias de los ministros cargada de esquelas y memoriales en nombre de quien quiera que le confie su pretension; visita á los jueces, y les habla en pro de cualquiera causa que oyó relatar; va á llevar informes oficiales y apologeticos de los triados que buscan recomado; memorias autógrafas de la condicion y circunstancias de los navios presuntos ó deseados; noticia de las enfermedades y posibles muertes; á los baróderos; de mudanzas probables, á los que buscan habilitacion; de almonedas y gangas, á los que andan á casa de ellas; de remedios caseros é infalibles, á todo el que padece cualquier achaque; de aniversarios, bodas y bautizos, á los músicos festeros de la morga.—No puede negarse que esta activa matrona es en cierto sentido una utilidad social, y que su gusto é inclinacion aparente son dignos de elogio y gratitud; pues con todo eso, no faltan autores que las colocan entre los gustos que merecen... otra cosa.

Y qué reclamaremos al del otro ciudadano que sin mas estudios ni opinion propia sobre la ciencia política que los que le suministra cualitativamente el periódico á que está suscrito, se lanza en los mares berascosos de la oposicion sistemática contra todo lo existente, de la controversia de todo lo posible, de la propaganda de todo lo hiperbólico ó ideal?—En vano su familia, su casa y sus propios intereses, reclaman su tiempo y atencion; en vano suscita en contra suya las enemistades políticas, los desacabores y las persecuciones; en vano sus amigos buenos de su incansable locuacidad y su frenético entusiasmo; en vano sus contrarios pretenden convencerle con las armas del raciocinio. Las tribunas de las cámaras, las redacciones de los periódicos, las mesas de los cafés, las sillas del Prado, los salones del Atenée, del Casino y de las sociedades privadas, las tiendas de la calle de la Montera, y los corrillos de Puerta del Sol, son los teatros cuotidianos, eternos y obligados de sus discusiones y peroratas; los talleres donde produce sus noticias; las fábricas donde elabora y espande gratis sus opiniones; y entre tanto sus enfermos (si es médico), se están muriendo á toda prisa, y reclamando á voces su asistencia y solicitud; sus litigantes (si es letrado), se presentan huérfanos de defensa ante la formidable acometida de la parte contraria; sus discípulos (si maestro), esperan en vano sus lecciones sobre el Fuero Juzgo, la obstericia, ó la

plla galvánica; sus comensales (si fuere negociante), el éxito del recibio de sus géneros, del giro de sus letras ó de la colocacion de sus fondos; sus parroquianos (si almacenista), que abra la tienda para surtirlos del azúcar ó el almidón.—Ahora díganme VV. si en conciencia este gusto de disputar impoliticamente de política, es de aquellos de que dispensa el refrán, ó de los que merecen mas bien el epigrafe de este artículo.

Pues quiero que no sea tan vago ó indeterminado el objeto de otro *quidam* en la agitacion febril de su existencia y medios de accion; quien tambien que menos bilioso y acerbo se incline tambien á mirar los negocios públicos por el lado favorable; que su entusiasmo bruta espontáneo á la vista de cualquier maguete, ó con la simple lectura de cualquier acto del poder; que nuevo Pánglos crea firmemente que todo sucede por el bien, y que este mundo es el mejor de los mundos posibles; que la eterna sonrisa de sus labios, en fin, y la movilidad élastica de su espina dorsal, den á conocer á primera vista la ductilidad de sus opiniones, la moderacion de sus deseos y la actitud curvilinea del humilde pretendiente.—Mueble obligado de toda antecala, adorno exótico de toda escalera, y figura saliente de todo tapiz, nuestro tipo (á quien para ser mas original suponemos poseedor de una regular fortuna, de una independiente y dorada medianía) espia desde aquellos modestos vecinos el semblante y las acciones de los ministros y maguetes, sonríe á su ceño ó soporita impávido las inequívocas muestras de su desden; su cabeza y su móvil fisonomía aprehen de antemano, antes de haber sido emitidas, las palabras del poderoso; su mano alarga indistintamente á todas las opiniones su estereotípico memorial.—Y todo ello para obtener una condecoracion ó un uniforme con que realzar su persona; un título fantástico con que distazar su nombre, ó un sueldo mezquino con que trocar su independencia y tranquilidad.—Este gusto es un gusto como otro cualquiera (se medirá).—Verdad es; pero en nuestra humilde opinion merece palos.

A otro le suele dar por ocupar su vida en la controversia fiense, y repartir entre los ávidos curiales que *han hambre y sed de justicia*, su tiempo, sus bienes y su inmensa é incansable actividad.—Contra estos busca-ruidos no hay derecho segun, no hay posesion tranquila, no hay independencia asegurada de su furor. Pleiteará con sus vecinos sobre gubelas y servidumbres caseras, con sus arrendatarios por sus condiciones, con su casero por sus plazos, con sus amigos por sus opiniones, con sus criados por sus cuentas, con sus hijos por sus legitimas, y con su mujer por su carta dotal. Hallará comentarios que hacer sobre las palabras de todo contrato, evasivas contra toda obligacion, refugios contra todo compromiso, pretextos para toda querrela, argumentos para toda demanda, y friccion en todo intrincado laberinto curial. A falta de familia y relaciones intimas, y no teniendo á la mano sujetos sobre que ejercitor su accion y demanda, los buscará y provocará por todas partes: en las reuniones, en los espectáculos, en las calles y pasajes; refirá con éste por haberle quitado la ageta, con aquel por no haberselo descubriendo al saludarle, con el otro porque le miró fijamente, con el de mas allá porque le volvió, sin mirarle, la espalda. Si tambien llegasen á faltarle cuestiones ó motivos propios sobre que reñir, se mezclará é identificará con los agenos, apadrinará á uno de los contendientes, escribirá los carteles, ó arreglará las condiciones del encuentro, y como el maton que pinta flores:

«Si el duelo en dies llega á oír  
que satisferho no está,  
aunque esté acobado ya  
los hace otra vez reñir.»

Hay quien mas apasible y armónico, limita sus gustos al placer de no hacer nada, ó á hacer visitas de cumplido (que para el caso es el mismo); á instalarse todas las noches en un café, ó á pasar todos los dias en pie á la puerta de una tienda; á formar coro delante de cualquier músico ambulante ó perro saltarín; á dar á todo el mundo la razon, y aplaudir todo lo que miran; á pescar con caña en el legamo del Canal, ó á cazar gorriones en las alamedas de Chamartin.—Hay tambien quien toda su atencion convierte hácia el estudio de las modas, y para quien es un suceso el descubrimiento de un nuevo lazo en la corbata, ó de un corte nuevo del pantalón.—Y quien consagra su inteligencia y entusiasmo juvenil á componer nuevos apóstrofes á la luna; y á escribir billetes apasionados á la mujer que no los comprende, ó composiciones festivas al público, que tampoco los quiere comprender.—Para estas existencias bienaventuradas no hay anatema posible; contra estos gustos indiosivos no hay armas en nuestro arsenal; pero el lector juzgará si es acertada nuestra reticencia, ó si en realidad podria ser aplicable á ellos el consabido remedio.

De *opinionis innocens* son tambien calificadas las de aquellos jóvenes doncellas melindrosas y traviesas, que reparten su vida entre los cuñados de su torador y los casinos del Caldero habanero ó del getón de Angola; entre la enseñanza del loro indiano, del pintado maseñor ó de la rissica cidoral, y el riesgo de sus mareas ó el telégrafo del hab-

don; que se pasan las noches de claro en claro entre un tomo de Zorrilla y una entrega de Eugenio Sue, y los días de turbio en turbio alarmando constantemente á la vecindad con los *reforzados* de su pluma, ó las *ferrietas* de su garganta; que sostienen una activa correspondencia con medio café Suizo, y medio Casino, ó que saben de memoria el escalafón del ejército, y tienen abierta á cada oficial su hoja particular de servicio; que provocan continuamente á músicos, pintores y poetas á pagarles tributo en su *Album Correlton*; que son indispensable acompañamiento y precisas operarias en todo simulacro militar, en toda procesion religiosa, en todo paseo, asonada ó reunion popular; que, prospectos vivos de las modas parisienses y muestrarios ambulantes de librerías y almacenes, ofrecen á sus aficionados (*amateurs*) sus agra-

ciadas personas, *ilustradas* con toda clase de dibujos y caprichos, grabadas con todo el primor del arte por sus manos mismas, y estampadas en el papel continuo de su gracia coquetil.—Ediciones populares y económicas, aun mas que las de las Bibliotecas á real la entrega, pues que se ofrecen á nuestro estudio y á nuestras miradas *gratis et amoris*, «con gracia y con amor» que traduciría libremente alguno.—¿Quién ha de ser el cruel que decreta castigo, y castigo tan cruel, á tanta filantropía? ¿quién el que enarbole el látigo de la sátira contra gustos tan humanitarios? Seguramente que á ellos sí que no pega lo de los palos, pero por si pega ó no, bueno será consignar aquí la duda.

Algo menos indulgentes pudiera ser que nos mostrásemos con la vetusta mahona, que no sabiendo ó no teniendo á mano á quién darse



Viajero del siglo XV, contando las aventuras de Homero.

(después que el mundo y la carne la abandonaron, y hasta el diablo la volvió la espalda asustado de su rugosa faz), está dada á perros y á gatos, y cuida amorosa y maternalmente hasta una docena de ellos, en cuyo sualento y educacion científica emplea las tres cuartas partes de su módica rindedad; ó la que convirtiéndola su persona en *ánima sili* de esperiencias médicas, busca alternativamente á sus soñadas dolencias remedios infalibles en los globulos homeopáticos ó en los pases magnéticos, en los baños de la hidropatía, ó en el vom-purgante de Le-Roy, bello ideal de médicos y boticarios, y á quien de seguro no recatarán estos el remedio que cualga por cabeza de este artículo:—tampoco la Hacienda nacional tendrá motivos de queja contra la otra, cuya navia, bomba aspirante de rapé, contribuye largamente con esta indirecta al sostenimiento de la industria cubana;—ó de la que infatigable caballete de ambos y ternos, cambia cada quince días sus doblones positivos por los fugaces papeletos de la ranta:—por último, nada diremos de la que abandona la aguja y el dotal por la pluma y el finlero, y escribe coplas eléctricas á mil oscilaciones por minuto, ó novelas vaporosas de la fuerza de cuarenta caballos, porque para estas no sabemos si seria bastante el consabido remedio, á no ser propinado en el nuevo establecimiento de Logaña.

Llamaremos, en fin, la atención del lector hacia los gustos y aficiones igualmente *inocentes* del honrado ciudadano, «buen padre, buen esposo, y buen salchichero,» que le dá por mangonear en co-

fradas y en hermandades, por disponer ó presidir entierros, por concertar y repartir candidaturas para las elecciones, por intugar, tal vez en nombre propio, para servir una carga concejil.—Consignaremos *expresado* el gusto del otro individuo-ómnibus, que á trueque de que se lo llamen, sirve de *hombre bueno* en todos los juicios conciliatorios, ó por parecer actor hace de *persona que no habla* en todas las comedias caseras;—el del autor novel que acomete á todo viviente con la lectura de sus mamotretos;—el del aplaudidor gratuito de todo espectáculo, del convidado de piedra á todo festin, del poeta repentista de toda bria, del autor aficionado de todo desconcerto musical;—respectaremos el gusto del pretendido numismático que trueca las monedas áureas isabelinas por ríñosas medallas celtiberas, acuñadas en la fábrica de Segovia; el del aficionado que llena sus galerías de Rafales y Murillos postumos; el del erudito que anda á caza de libros, impresos antes de Gutemberg.—Muchos de estos bibliógrafos, cuadrútilos ó medalliferos no tienen otro objeto en sus colecciones que obedecer á su instinto de colectividad, á cultivar la ciencia; en tal caso no hay para qué decirles una palabra, tanto mas cuanto que en el pecado llevan la penitencia; pero los hay de ellos que con sus monedas y antiguallas pretenden comprar la opinion de sabios profundos, de inteligencias fosiles, y organizaciones autidiluvianas; hay tambien quien llena sus aristocráticos salones de aquellos magníficos mamarrachos, con el objeto ostensible de pasar por artistas y Mecenas espléndidos; y quien diligente escudriñador de

libros y manuales viejos, los reúne y apila con el único objeto de substrarlos á la circulación, de monopolizar su disfrute, de estancarlos en sus manos su anhelada propiedad; verdadero Harpagon literario, que ya nuestro Quvedo adivinó cuando dijo:

«No es erudito, que es sepulturero  
quien solo entierra cuerpos cada día:  
bien se puede llamar libropesía  
sed insaciable de pulmon libreo.»

A estos y otros gustos por el estilo pudiera aplicar su teoría el célebre y discreto autor de la *Apología de los palos*.

Por lo que á nosotros toca, y á pesar del título demasiado brusco con que hemos encabezado este artículo, ya se subentiende que no fué nuestra intención aplicarle en su sentido estrictamente vegetal, ni diría bien con nuestra suave condición y blanda corrección, tan material y grosera demostración; quisimos decir cuando hablamos de palos (y no se entienda por esto que vamos á entonar la palinodia), que hay refranes para todo; y que si hay uno que dice que *Sobre gustos no hay disputa*, hay otro que responde; si, pero *Gustos hay que muerden...* las gracias por habernos dado materia para probar que se puede escribir sobre ellos.

EL CURIOSO PARLANTE.

## LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusión.)

IX.

Pasó algun tiempo sin que nada de particular sucediera, hasta que en uno de los últimos bailes de máscaras, se encontró Luisa sin saber cómo, con Carlos, en uno de los ángulos del salón.

Este Carlos es aquel Carlos, que no tendrá nada de particular que hayan olvidado los lectores, que con tan poco temor de Dios, creyendo firmemente que Rafael y Luisa eran marido y mujer, se atrevió contra un matrimonio, y encontró una viuda honrada, que estando en la misma presencia, se atrevió también á dar una carta del amante á la para ella inocente esposa de su huésped, pues como acabados de llegar entonces nuestros jóvenes, ni sabía la buena mujer quiénes eran ni quénes dejaban de ser.

La carta aquella había seguido su curso ordinario; pero aun cuando con ella habían tomado un poco más de carácter los amores, sin embargo no hubo tiempo para que creciera mucho, porque á lo mejor vino que marcharse Carlos, y aunque muy enamorado, no tuvo mas remedio que dejar en Madrid su corazón y su querida; sin despedirse tan siquiera de ella, merced al trato excepcional entre los amigos hombre y mujer, que varia un tanto cuanto del trato del hombre con el hombre.

Acababa pues ahora Carlos de llegar, y lo primero que había hecho apenas acordado el polvo del viaje, había sido irse á las máscaras, donde por su fortuna la primera mujer que vio fué Luisa. No era el fuerte del buen muchacho amar de todo corazón y de buena fé; pero en esta ocasión apenas se encontró con Luisa, cuando le dió un vuelco el corazón, sintió una especie de frío nervioso, y no tuvo tiempo en medio de su éxtasis, para otra cosa sino para que se le entrase toda entera en el alma, la dedicada imagen de la hermosísima Luisa. No sé si á ella le sucedió lo mismo; lo cierto es que los dos se miraban suspensos, y no se acordaban de que las personas bien educadas se dicen algo cuando están juntas.

Por lo Carlos, sacando fuerzas de debilidad, y venciendo lo que para él en otro cualquiera hubiera sido obardeza de señoría tanto, empezó á hablar, y habló tan mal, pero con tanta expresión, que no querrá Dios que yo me meta á decir aquí lo que él dijo allí, con los ojos y con todo el semblante, más que con la boca; ya pobre de mí que no tengo más ojos que enseñar á mis lectores que los de mis garropateadas letras.

El baile seguía. Rafael estaba cejando con una porción de amigos que no se hubieran alegrado poco de ver á Carlos, pero él, que estaba ocupado, tuvo buen cuidado de huir de ellos, y no habiendo tenido la fortuna de ser visto, antes de tenerlo, se envolvió en un dominó, y échale usted galgos. Luisa estaba con Inés, que como mujer casada y virtuosa y joven, estaba enteramente á disposición de su hermana, que se sentaba y se levantaba cuando quería. Eran las dos muy bonitas para que las hallasen mosqueadas, pero todas en fin, viendo y respetando la tenacidad de nuestro dominó, se fueron con sus bromas al lado de Inés, y hicieron un gran favor con sus risas y su mormullo á Carlos, y yo creo que también á Luisa, que hablaban entre tanto como si estuvieran solos.

Yo no sé lo que se dirían; pero muy marcada debía estar la simpatía entre ambos porque había hasta en el sonido de sus acentos un acento de amor maravilloso. ¡Felices los cantantes que sin divertir á nadie se divierten ellos en tan sentido dno!

Seguía en tanto el baile, en el cual mucha gente habría mas fastidiado que la de nuestra historia.

Llegó por fin Rafael al corro de su mujer y de su hermana, y entonces Carlos llamó aparte, quitóse la careta, y dejando ver un rostro lleno de entusiasmo y de hermosura, porque es de saber que el amor es un gran cosmético y el mejor afeite que se conoce, le dió un abrazo estrechísimo, que fué contestado con placer, y sin andarse en mas rodeos le dijo:

—Chico, se acabó, estoy decidido á casarme con tu hermana, me la das?

Echóse á reír á carcajada tendida Rafael, y le contestó:

—Pues no te la he de dar! tú serás quien no la tomará, enemigo declarado del matrimonio.

—Qué quieres apostar á que me caso? dijo Carlos poniendo las dos manos sobre los hombros de Rafael, ea, hacemos una apuesta?

—Pues, señor, cástate en hora buena, que aunque tú no eres muy de fiar, sin embargo me parece que una mujer tan linda, y hermana mía, te ha de poder sujetar; además de que, chico, nosotros hacemos buenos casados á pesar de todo. Pero oye, ¿ella te quiere, eh? Ya yo me presumía algo de esto. Y vamos, dime, cuando has venido? Cuéntame, cuéntame.

—Chico, mira, no estoy para cuentos, dame una prueba de amor dejándome hablar con tu hermana, y no digas á nadie que estoy aquí, porque me molestará ahora cualquier amigo tanto como una vieja.

Le apretó la mano Rafael, volvióse á poner la careta, Carlos, y el uno cogiendo el brazo á Inés, y el otro á Luisa, anduvieron por allí viendo cómo seguía el baile, que seguía bastante bien.

Pues, señor, hé aquí que tenemos colocados á los dos hermanos, y á los dos muy bien, porque Carlos era un título riquísimo de Castilla, que aunque tenía padres, es bien seguro que no se opondrán á este casamiento, porque querían mucho á su hijo, y con solo verlo, querían también á Luisa, por aristocráticas que fueran, como no furan avaras, que no lo eran, y si padres amantísimos de su hijo.

Todo esto fortanamente se debía en la mayor parte al bueno del teatro, que *trín trín, trín trín*, dále que le darás con sus tijeras, seguía incómitamente el camino de la vida.

Todo iba á las mil maravillas, y ya era seguro que no había sido una calaverada del momento la proposición de Carlos.

Una sola cosa, poquísima en medio de tantas grandes, superbia, y era, nada para el caso, que tenía una fosecilla ligera la hermosa Luisa, de resultas de un constipadillo que cogió la noche aquella de las máscaras. Para curársela de una vez se metió en cama por uno ó dos días, pero ya había estado un mes enferma sin que Carlos la hubiese dejado apenas un momento, cuando un día en que estaba á su cabecera, se incorporó Luisa en el lecho, pasó con blandura la delicada, blanquísima y casi transparente mano por los acomodados rizos de Carlos, rió con un acento modulado suavísimamente, y con toda la celestial ternura de la esposa del cantar de los cantares. —¡Cuanto amor, Carlos! Carlos mírala. Le dió un beso, y se murió.

Quedó por un momento Carlos como bajo la influencia de un sueño, al que daba un carácter de idealidad y de transparencia el espíritu vagaroso de aquella mujer dulce y amorosa como un suspiro, que sin duda apreciaba todavía el alma engañada de Carlos, que dejó entonces al cuerpo inanimado é inmóvil, inclinado sobre los amados labios, que nada habían perdido de su delicado color. Saló en fin de aquel estado, para caer en el dolor mas sombrío, en la más desalentada desesperación, y en la mayor amargura y desconsuelo que pueden apoderarse de este pobre corazón humano, que tan positivamente chocea y se quebranta con los males, como con vaguedad aspira en algunos momentos, casi siempre sin conseguirlo, á tocar los bienes, ligeramente y de pasada.

Fueron muy profundos los dolores de Carlos para que yo pueda contarlos uno por uno, y tan grandes, que ante ellos se pierden los de Rafael, que estaba loco de pesar, y los de Inés, por lo que se quedarán mis lectores sin noticia circunstanciada de lo que estos desgraciados padecieron; y si quieren sentir con ellos, sentirán mas en un minuto que se coloquen en su posición, que en cinco horas de lectura interesante. Solo contaré los hechos que bastan para probar la naturaleza de sus desgracias.

Carlos, alabandado, alegre, al parecer no muy tierno, que hasta entonces no se había enamorado de ninguna mujer; una vez probada la compañía que en el mundo hace al hombre el amor, no pudo acostumbrarse á marchar solo por este fastidioso arenal, donde tan pocas consuelos halla el que no los lleva dentro de sí mismo ó en el corazón de una mujer querida.

Es verdad que hay una edad en que el hombre no ve en el amor la felicidad; pero Carlos estaba justamente en la época en que se ve en

el amor la felicidad, toda la felicidad, el único objeto de la vida; cuando se tiene un corazón tan lleno de deseos como vacío de cosas, si le falta amor, amor, eso que es tanto y que no es nada, lo mismo que el alma del hombre.

Carlos no dormía, no lloraba, no hablaba, solo se ocupaba en responder en lo íntimo de su corazón cariñosamente, á una mirada que allí habían dejado impresa los ojos suaves, amorosos y espirituales de Luisa. Rodaba por su cabeza la figura alta, delicada, vaporosa de su querida, andando con aquella negligencia que tan misteriosamente convida al amor á seguir el inseguro compás de sus pasos, cuando vivía, cuando pasaba por delante de los ojos de Carlos, lo mismo que ahora por su imaginación. Yo no sé si sabiendo lo que esto podía atormentarle, habrá alguien que se niegue á rezarle un padre nuestro, detestándole como á un impío suicida; yo por mi parte le rezaré trescientos para que, si ser puede, salve Dios esta pobre alma de la pena eterna á que la condujo tan sin ella saberlo, un pobre sastre, que sin saber lo que hacía, puso á Rafael y á Luisa en disposición de que todas estas cosas sucediesen, porque si no hubiera sido por él, es casi cierto que Rafael, aunque se hubiera desojado sobre sus traducciones, no hubiera pasado de ser un pobretón indecente; no se hubiera casado, y sobre todo no hubiera vuelto á ver a caso Carlos á Luisa, la que tampoco hubiera ido al baile en que cogió el mortal consipado, ni cosa que le valga. Al fin yo no diré que la culpa del sastre fuere tan positiva que se le pudiera formar causa, pero medíala ó inmediatamente, de su taller habían salido las penas que aguaron la felicidad de Rafael, los átroces tormentos del pobre Carlos, la profunda pena de sus padres, que no volverán á tener un día alegre, y en fin, tantas cosas como ahora mismo estarán sucediendo de resultas de esto.

El bueno del sastre entre tanto, *trin, trin, trin, trin*, con sus tijeras, á sus levitas, á sus traques, á sus chalecos y á sus pantalones.

Un sastre dió la felicidad á Rafael, tal será la felicidad cuando la puede dar un sastre: pobre género humano! eso que llamas felicidad, es una cosa que puede deberse á cualquiera, pero la verdadera felicidad solo se debe á Dios, que es el que dispone de los sentimientos de los hombres; cuando él quiere que uno sea feliz, le hace tanto y se concluyó.

Como es costumbre generalmente recibida por los que se proponen algun objeto en sus obras, encerrar en los últimos renglones el resultado de lo que ellos creen que han dicho, y como yo no me propongo ningún objeto en mis obras, sino el de malgastar mi tiempo, y como los últimos renglones de esta cosa, parece que dicen que la felicidad está en ser tonto, añado por posdata estas líneas para advertir á los que lo lean que no vayan á creer que esto es lo que se deduce de todo lo escrito. De todo lo escrito no se deduce nada, ni puede sacarse ningún fruto malo ni bueno, porque todo lo escrito está escrito al buen tum, sin ningún gran pensamiento fundamental, sin ningún sistema, ni filantropico, ni misantropico, ni nada; al fin, escribo para entretener, no para enseñar, porque á ser este mi objeto, tendría que aguardar á que los años y el estudio madurasen mis ideas, y entonces haria un gran servicio á la sociedad, y si tenía la ciencia y toda la profundidad necesarias para imitar algun modelo de esas obras filosóficas que enseñan y dirigen, escribiría, no un cuento, sino un libro de los niños, que aunque de lejos, seguiria en cuanto mis fuerzas me lo permitieran los luminosos principios y las sublimes cuanto sencillas ideas, de algun libro de estos que hay ya escrito, y que á mi entender, hará la felicidad futura de esta nacion, así como la de todas, si á sus diversas lenguas se traduce.

Con que quedamos, en que ni digo, ni quiero decir nada de bueno ni de malo en este cuento, cuya única intencion es la de añadir paja al inmenso monton de obras que no sirven para otra cosa, sino para matar tiempo, enemigo tan fastidioso por lo menos como los ratones, y contra el cual, lo mismo que contra estos, se han inventado prodigiosamente variadas, infinitad de ratoneras, se han inventado infinitad de pastictiempas, entre los cuales están los literarios, y entre estos, sin mas pretensiones que las que pueda tener en mecánica el autor de una ratonera de mala muerte, coloco yo esta dosis de letras, de palabras, de oraciones, de períodos, de párrafos y capitulos, Meigo bastante para matar un par de horas de tiempo, si el que uso de él se aviene á matarle sin provecho propio y solo por matarle.

Nadie ha pensado en sacar partido ninguno de los ratones muertos, porque muertos ellos y limpia la casa es todo uno, y esta es la ventaja que se busca y no la de aumentar la racion de carne en la olla. Perseguido, pues, por mi el tiempo, como se persiguió á los ratones, y nada mas, claro está, que si aquel á quien yo de esta receta casero: aléxale lo anteriormente escrito y mataráse un par de horas, y es probado; se encuentra con que habiendo hecho uso de ella, efectivamente ha matado ese tiempo; aunque sin instruirse, tiene tanto derecho para quejarse, como el que después de ver limpia su vivienda de indecentes animaluchos, de que para nada le servian, se lamentara.

FIN.

## Posdata.

Escrita hoy 18 de abril de 1832, para que el blando lector quede aun mas blando, si acierta á empaparle el autor en las penetrantes razones que se le ocurren para disculparse de su pobre obra.

Se ha publicado esta novela en 1840, escrita á los veinte años, por quien á los treinta y tres que le trabajan há ya tiempo el cerebro, tiene aun bien poco sólidos los cascos. Mire el lector si no es para él una ventaja perdonarme por niño, cuando podría muy bien suceder, que hombre y todo como hoy me estoy, tuviera aun que perdonarme: y gracias, que peores pasadas le habrán hecho.

Ni se ha quitado ni se ha puesto un punto en la reimpression, porque yo escribo con la honrada intencion de ser autor clásico y de estudio, y quiero que en los tiempos venideros, en los cuales yo he de vivir, aunque no sea mas que por vengarme de lo muerto que estoy ahora, puedan observar las estudiantas generaciones futuras, todos los malos pasos que va dejando atrás un escritor, antes de llegar á bueno. Con esto han de cobrar aliento los jóvenes, considerando con qué principio de borrones, por ejemplo los de este cuaderno mio, puede llegarse al fin de la inmortar claridad; v. g., las páginas que yo he de escribir pocos dias antes de mi muerte. Sea bueno el lector de ahora, y por amor de su descendencia, déjeme por lo menos seguir en paz mi camino, que él verá que no ha hecho mal, cuando esté en el cielo y hablemos de eso.

Esta de que me voy á confesar ahora es la mas negra, y con no merecer perdón no habrá mas que perdonármela; ó máteme, porque es manía. Cuentan que yo no sé que celebre literato francés, amigo y medio preceptor de *Madame de Sevigné*, que como el lector sabe, es acaso la única mujer que ha escrito amablemente; cuentan pues, que este amigo le dijo entre otras cosas, *je suis malade* (estoy malo), y ella respondió; *je la suis aussi* (tambien yo lo estoy), y que por ninguna razon del mundo pudo convencerla aquel sabio, de que debía decir *je la suis* (yo lo estoy), so pena de uno de los mas graves descalotes á la gramática. A esto respondia la bella marquesa, que decir de ella misma, que se sentia femenino á no dudarlo, *je le suis*, y verse como por encanto con la cara poblada de barbas, era todo uno, y que antes era su conciencia de mujer que todas las gramáticas.

Con un poco mas de razon que á ella, me sucede á mi lo mismo por otro caso.

Por mas esfuerzos ideológicos que hago, no puedo ver el pronombre *le* aplicado á un dativo femenino, sin que al pobre femenino le salgan barbas, que es un dolor.

Mi amor al femenino es lo primero de todo, y en dativo como en acusativo, escribo y escribiré siempre *la*, y mi oido quedará contento y mi corazón mas, y con su pan se lo coma el que no comprenda mi ternura.

De faltas voluntarias como esta, de faltas de correccion, no mas forzosas, y de faltas cometidas contra toda mi voluntad por purísima ignorancia, no será yo el que dé disculpa. Con el perdón del lector me contento, y me basta y aun me sobra. Yo le prometí enmendarme, menos de mis manías, porque soy voluntarioso, de todos los demás efectos de mi poco saber, si con la ayuda de Dios puedo saber mas.

Ya que estoy mano á mano con el lector, y ocupándole de mis cosas, sin duda porque yo me ocupé de las suyas, no quiero dejar de confesarle otra manía que yo tengo. Tengo la manía de que el lector no sabe cómo me llamo, en lo cual él no pierde nada, pero yo pierdo nada menos que mi personalidad. Todos los que me llaman Santos ó Santos Alvarez, me hacen dudar de mi individuo mil veces al dia, y al oírlos juré que me quedo sin saber quien soy, porque yo estoy acostumbrado á llamarme á mi mismo á por el santo de mi nombre, que es el beato Miguel de los Santos, ó por mi apellido. Llámeme pues el lector que me llame, Miguel; el que me ame un poco menos, Alvarez; y el que con amor hiciese mi ó sin él, tenga saliva larga que gastar.

ALICIST. DE LOS SANTOS ALVAREZ.

## UXO DE TANTOS.

Hoy va ante usted, señor público, uno que aspira á ser hombre, menor de edad para palos, mayor de edad para azotes.

Poco he escrito, poco heeno, y es la modestia mi norte, cualidad que en este siglo es muy propia de escritores.

Poco he escrito en prosa y verso, pocos mis obras conocen.

y jamás en letras gordas  
se vió en las calles mi nombre.

Ni el público ni la prensa  
me han dado aplausos y honores:  
la santa amistad tan solo  
mis pobres romances oye.

No soy poeta de tumbas,  
ni escribo en admiraciones:  
las risas son mi embeleso,  
no quiero que nadie lllore.

Que es feo ver á una bella  
verter, si el hocico encoge,  
perlas en forma de babas  
y aljofar en lagrimones.

Mejor es hacer que enseñe,  
á manera de quien come,  
los adosquines de nácar,  
la boca y sus interiores.

Niñas, soldad carcajadas,  
hombres, torced los bigotes,  
viejas, ó gracias que fuéron,  
reid al ver mis renglones.

Que he de darlos en un tomo  
con portada de colores,  
aluyas en acero  
y al frente mi *coram vobis*.

Haré sábanas carteles  
y prospectos á millones,  
y los venderá el librero...  
si hay alguno que los compre.

Ó consiento en que otro sea  
padre, *gratis el amore*,  
del producto de mi númen,  
por verme en letras de molde.

Si es corto pronto lo alargó,  
si es largo le doy un corte;  
que genios de goma elástica  
son encanto de editores.

Ó doy mis versos á un mísero  
papel de esos que se esconden,  
ya por su mucha modestia,  
ya por sus pocos lectores.

Ó á los ciegos bullangueros  
por tener el gusto enorme  
de que en portales y esquinas  
se deletreen y glosen.

Y serán placer de astures  
de agua, de lomo y de coche,  
y en Madrid no habrá fregona  
que no los sepa y entone.

Y se venderán por resmas  
á tenderos *in utroque*,  
para envolver escabeche,  
azúcar y cañamones.

¡Oh Gloria! por todas partes  
te voy á asir del cogote,  
y habrás de llenar mi casa  
de laurel, de oro y de cobre.

Darán pronto mi apellido  
á un callejón de la corte,  
y me verá en las petacas  
y cartuchos de bombones.

Lo espongo á usted, señor público,  
porque luego no se asombre  
y diga que no merezco  
tantos y tales favores.

### ROMANCE MORISCO.

Con ambas manos cubriendo  
Moraima el rostro de nieve,  
del Alhambra maldecía  
las solitarias paredes.

Y asomada á un mirador,  
con sus lágrimas ardientes  
agostó las yerbecillas  
que al pié de los muros crecen.

Miraba la fértil vega,  
sus ricas alfombras verdes,  
y el Genil, que de su padre  
guardó el cadáver inerte.

Miraba el cielo azulado  
que allá á lo lejos se estiende,  
y las libres avecillas  
que en el espacio se pierden.

«Avecicas amorosas,  
clamaba con voz doliente,  
volad, volad á Baena  
y nuevas suyas traedme.

Llebad al triste monarca  
mi pensamiento y mi mente:  
¡ay, si á sus brazos con ellos  
el cuerpo volar pudiese!

¡Cuán rápida cruzaría  
esas praderas alegres,  
tan tristes para el cautivo  
que en la prision desfallece!

¡Oh, euál hallara en su boca  
palabras de amor cual siempre,  
vida y encanto en sus ojos,  
y entre sus brazos placeres!

¡Cuál con mi llanto ablandara  
aquellos hierros crueles;  
que ante una muger que llora  
hierros y cadenas ceden.

Boabdil, Boabdil, esas auras,  
cuando tu rostro refresquen,  
entre sus alas la vida  
te llevarán de quien muere.»

Calló la triste sultana;  
y el aura su confidente  
al alcázar de Baena  
llevó su aliento celeste:—

Y bañada en los perfumes  
de lirios y de claveles,  
bálsamos vertió amorosa  
en el pecho del zenete.

José GONZALEZ DE TEJADA.

### TELÉGRAFOS DE LOS ANTIGUOS.

Quien dude si nuestros cándidos y benditos antepasados tenían conocimientos del arte telegráfico, pronto saldrá de confusiones leyendo un papel curioso del tiempo de Felipe V, en que se particularizan los signos que con los pañuelos solían hacerse los amantes para manifestar sus pensamientos en las barbas del más severo padre, del más rígido hermano, y de la más impaciente y grave tía. Con dos pañuelos solamente se combinaban muchas maneras de decir, según se prueba del papel mencionado, que es como sigue:

#### CIFRA DEL PAÑUELO.

Dama y hombre deben estar siempre prevenidos de pañuelos, blanco y de color, que con ambos se ha de jugar ó hablar, teniendo cada uno su diferente significado.

Tremolar la dama el pañuelo blanco, es preguntar si la quieren; y el hombre pasándole por la cara.

Decir que sí, ha de ser arrollando el pañuelo entre las manos; y el decir que no, dejando caer el pañuelo al suelo, como que es casualidad.

Significar que están buenos, se demostrará estendiendo el pañuelo; y que enfermo, aplicándole á un lado de la cara.

Decir que se esté quieto ó quieta, torciendo el pañuelo á lo largo.

Decir que se ausente, doblar el pañuelo como nuevo.

Que volverá dentro de poco, lo significará el hombre asomando el pañuelo por debajo de la capa, y á su falta, de la casaca, y la dama echarse el pañuelo torcido al cuello.

Que tiene uno ú otro que hablarse ó darse algun papel, será torciendo el pañuelo al brazo.

La mañana, se significa poniendo el pañuelo delante del pecho; la tarde, de la cintura; y la noche, liándose una mano con él.

Para nombrar la compañera, será mordiendo el pañuelo blanco; el criado ó criada, mordiendo el de color.

Querer la dama que la sigan, lo dirá teniendo ambos pañuelos de la una mano.

Los celos los dirá con limpiarse la cara con el pañuelo de color. La satisfacción de ellos, será poniendo doblado el pañuelo de color, delante de la garganta.

Que mude de sitio, doblando el pañuelo de color como si fuera nuevo. Una no puede asistir á la cita, ha de ser fingiendo que se va á sonar con el pañuelo de color.

Si hay alguna novedad triste, se significa dejando caer al suelo ambos pañuelos á un tiempo; si alegre, se arrollarán muchos pañuelos juntos.

El padre, cruzar las manos; la madre, los brazos; el hermano, cruzará un brazo por el pecho hasta el hombro contrario; y la hermana, la misma acción, y ambas con el pañuelo liado á dicho brazo.

No querer que se haga una cosa, lo significará pasándose toda la mano por la cara.

La forzosa ausencia, se notará atando los dos pañuelos; y los días que esta dura, serán cuantas veces cerrare la mano.

Nótese que cuando no se nombre sino pañuelo, se entiende que lo de ser el blanco.



### LAS BANAS DE SARTILLY.

Cuando Mr. de Kerangal combatió en la Asamblea constituyente de Francia los derechos señoriales, y citó entre estos la obligación impuesta á ciertos aldeanos de golpear con palos en los estanques para hacer callar á las ranas, una parte de la Asamblea se indignó contra dicha obligación pueril y degradante. Hallábase entonces la nación francesa en una época que hacía mirar todas las cosas por el lado serio; los hechos pues tomaban la magnitud del principio que los producía. No se había inventado aun esa burla sistemática, que después se há apoderado de sus reuniones públicas, y que hace imposible que se pronuncien ciertas palabras ó que se toquen ciertos hechos, porque el sarcasmo está siempre pronto para apoderarse de su presa y despedazarla.

Así pues, si entre los privilegios señoriales hubo alguno inofensivo, seguramente fué el del aporreamiento de los estanques. Los villanos cumplían con él, más como un placer que como una carga, y nunca lo llevaban á cabo, dice un autor antiguo, *sin canciones y sin estrépito de dicharachos y corvejulas*. Se conserva con este motivo una tradición graciosa, consagrada por un refrán, que justifica esa afección sarcástica, tan natural del pueblo normando.

Sartilly, situado en el departamento de la Mancha, tenía, según parece, en la edad media grandes estanques llenos de cañaverales. Estos formaban unos verdaderos bosques, cuya caza se componía de ranas, caza alborotadora por cierto, cuya destrucción se permitía á los aldeanos, quienes se dedicaban poco á ella, porque la buena gente de Sartilly, según la tradición, era mas aficionada á comer callos y beber sidra que á aniquilar ranas.

Sucedió, sin embargo, que cierto verano la *Castellana*, extranjera que había llegado de Francia, seductora y coqueta hermosura, ciega por la música y el baile, se halló fuera de su centro por la vecindad de los músicos acústicos. Las ranas no la dejaban dormir, turbaban su canto, cansaban su paciencia (todavía las damas no habían inventado los nervios), y en una palabra, tanto hicieron que no pudo menos de suplicar á su señor, que era su esclavo, que hiciese callar á todo trance á las malitas ranas.

El señor de Sartilly convocó en consecuencia á todos los aldeanos, para que sacudiesen las tranquilas aguas, á fin de imponer silencio á

la turba cenagosa. Los villanos se reunieron armados de largos garrotes y empezaron á aporrear el estanque, no sin soltar algunas chanzas metidas sobre el capricho de la dama. Sus garrotes destruyeron todo el bosque de cañas, que se trasformó en un llano inmundado y asqueroso, de modo que la castellana, no pudiendo aguantar sus pestilentes olores, cayó enferma. Se llamó á todos los curanderos de las cercanías, los que se dedicaron tres meses consecutivos al cuidado de la castellana, y esta fué de mal en peor, hasta que la dejaron en paz declarando su mal incurable, de cuyas resoltas se puso buena. Esto no obstante, como todavía se hallaba convalesciente, se le antojó bilar, para lo cual envió á buscar una ruca verde, pues las cañas de Sartilly servían para este uso; pero cuando trataron de cumplir el deseo de la castellana, se encontraron con que los villanos, al aporrear el estanque, habían hecho añicos todas las ruecas: la dama entonces se incomodó mucho con ellos; pero uno de los mas osados contestó, dando vueltas á la montería entre sus manos, que en su entender,

Quien mal de ranas sufra,  
Ruecas menester no habla.

Este dicho se hizo allí proverbial, y hoy se aplica á todas las mugeres demasiado delicadas ó habitualmente ociosas, que se dan al trabajo por casualidad.

### REYES QUE HAN MUERTO EN LA CAZA.

Favila y el infante D. Sancho, hijo de D. Fernando II, rey de Leon, fueron muertos por los osos; á Felipe el Hermoso de Francia, le mató un jabalí, y D. Juan I de Aragon pereció en la caza de lobos. El emperador Adriano se rompió una pierna en la caza, y D. Dionís de Portugal se libró milagrosamente de un oso.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Athambra, Jacometrezo, 26.